

EUSKARIANA

(SEXTA SERIE)

FANTASÍA Y REALIDAD (volumen segundo), por D. Arturo Campión

EN esta época del año es tradicional entre los donostiarras el obsequiarse mutuamente con regalos que se llaman ferias. ¿Qué feria te han hecho este año?, se preguntan las jóvenes apenas se encuentran y antes de enfilarse ninguna otra conversación. Las ferias son el argumento, el eje principal de las meditaciones juveniles. En ellas se piensa cuando el sueño desciende lentamente el velo, interrumpiendo el acto representado durante el día; es la primera preocupación cuando el velo vuelve a elevarse para continuar la comedia de la vida. Las ferias.....

También yo he tenido mi feria. He recibido un ejemplar de «Fantasía y realidad», último volumen de las «Euskarianas» que viene publicando el eximio literato navarro D. Arturo Campión. Ahí es nada, una obra de Campión. Vaya si puedo decir que he tenido mi feria. Y que no se trata de juguete baladí que se deshace en nuestras manos al mismo tiempo que se desvanece la ilusión con que lo recibimos. En mi caso, la ilusión va en progresión ascendente, cuanto más leo el tomo, aprecio más su valor, me emocionan más sus narraciones, me conmueve y subyuga con mayor intensidad ese lenguaje de temple de acero que parece expresión de su raza y es patrimonio inveterado de la pluma de Campión. Vaya si puedo decir que he tenido mi feria.

He leído y releído con ávida delectación los primores contenidos en este volumen de las «Euskarianas» y cada vez me afirmo más y más en mi impresión primera: en la perfección maravillosa de la obra. Y en esto debo coincidir con el autor. Como que la nueva producción la dedica «A la siempre viva memoria de su madre.» Una obra en que el autor graba en la portada el nombre siempre venerable de su

madre, tiene que responder indefectiblemente a la grandeza del recuerdo evocado.

Entre las innumerables bellezas en el libro coatenidas, aspiramos con deleite las fragancias de una flor. Es «La flor de Larralde,» obra dramática que ofrenda al Teatro vasco el genio creador del insigne literato navarro. Acojamos con alborozo esta orientación hacia la dramática euskara y saludemos con un *irrintzi* vigoroso la presentación en la escena del maestro Campión.

Y qué obra de maestro es la que nos exhibe en esta su producción teatral. Qué figuras tan maravillosamente sentidas y con tal perfección dibujadas. Madalin, «la que llaman flor de Larralde. Acaba de romper su capullo: flor solitaria en la mata que se adornó con otras, vivas ya tan sólo en el recuerdo de su padre.» La semibruja Isatsa, oráculo de los kaskarotes: «¡No es sólo humo apestoso de pipa lo que sale de la boca de Isatsa la amedrentadora, a cuyo paso se santi-guan las madres y esconden la cara en el regazo de ellas los niños, sino también palabras lindas que saben buscar el camino de los corazones.» Harizpe, «un vasco de Baja-Navarra, nacido y criado en el valle de Baigorri, descendiente de abuelos vascos, sin mezcla de judíos, moros, agotes ni *erdaldunas.....*», pero incorporado al ejército francés, azote de sus coterráneos. Y tantos otros personajes como van desfilando durante los tres actos de que consta la obra. El asunto, de gran emoción, se desenvuelve con envidiable acierto, originando situaciones tiernas y patéticas, entre las que destaca la escena final de sublime poesía y de intensa fuerza dramática. En el lenguaje, qué pasajes tan arrobadores, qué frases, qué pensamientos..... hasta las mismas notas o descripciones de los lugares en que se desarrolla la acción con qué exactitud, con qué galanura están trazadas. No llegará, ciertamente, el pincel del escenógrafo a donde alcanzó la mágica pluma del inspiradísimo autor.

Esta «Flor de Larralde» ha sido trasplantada a los pensiles euskaros, y en el mismo volumen que comentamos, aparece en nuestra vieja y venerable lengua. Es «la admirable versión vasca debida a la áurea pluma de D. Domingo de Aguirre, autor de esas dos joyas que se titulan *Kresala* y *Garoa*.» Así lo dice Campión, y nosotros suscribimos muy complacidos los elogios del maestro.

Nos dice también el autor que este drama lírico lo escribió para que su «entrañable amigo el P. José Antonio de Donostia le pusiese música. El eximio capuchino compuso el primer acto, donde se contiene mucha belleza. Pero, vencido de su modestia, interrumpió la labor hasta perfeccionarse en la orquestación.»

Aguardamos anhelantes el momento suspirado de ver en escena esta producción dramática. Campión, Aguirre, Donostia, son tres firmas que pueden garantizarnos un éxito.

Otro trabajo aparece también en el volumen en forma teatral. Es

el poema dramático «Sancho Garcés.» La obra está dividida en tres partes y diecinueve escenas (más bien jornadas), y en ella se desenvuelve un suceso histórico, novelescamente tratado; pero con la particularidad, además, de una sugestiva amalgama de la tradición vasca con la mitología escandinava. Sorprende la sola enunciación de este último singularísimo enlace, pero no así la forma en que se ha llevado a cabo la trasplatación, verdadero ingerto que parece adherido a la leyenda vasca y formando con él un solo y único cuerpo. Ya tenemos Walkirias en nuestras montañas, Walkirias que podrán subir a nuestros héroes al sagrado Walhalla «galopando sobre el impávido caballo que, al pisar las nubes, enciende las centellas de la tempestad.» ¡Qué manantial ha descubierto el maestro para quienes buscan asuntos en qué basar sus dramas líricos!

Interasantisima y llena de episodios intensamente dramáticos es la leyenda histórica «El bardo de Itzaltzu,» que ocupa digno lugar en este volumen. Y en la variedad de sus asuntos cuántas bellezas se encierran en las composiciones recogidas bajo los títulos genéricos: «Cosas vistas,» «Cuentos a mis sobrinos,» «Historias del manicomio» e «Historias de mi tierra.»

Pero al llegar aquí una visión me obsesiona tenaz e insistentemente. Recuerdo diferentes inauguraciones de estatuas dedicadas a algunos hombres célebres y renuévase en mi retina aquella impresión de pequeñez que quedó grabada en mi mente al contemplar al discursante al pie del monumento y compararle con las proporciones gigantes de la estatua, agrandadas aún más por el amplio desarrollo de su macizo pedestal. Vuelvo a recordar la figura artística del homenajeado con las ricas vestiduras de siglos pretéritos y contemplo de nuevo al discursante embutido en esa estafalaria prenda que, para mayor irrisión, le llamaron *frac*....

Y digo yo: ¿Estaré actuando de enano al pie de la gigantesca figura literaria de Campión? ¿Estaré haciendo el ridículo ante las galas de su genio creador?

Quise dedicarle una lápida, modesta por ser mía; pero ¿no estará trazando una de tantas vulgaridades como al pie de los monumentos garabatean manos ineducadas; vulgaridades que inspiraron la sentencia francesa: *les noms des souts se trouent partout?*

Esta idea me abruma y hago punto final.

Pero comprenderás lector por lo ya dicho, que puedo estar orgulloso de mi feria.

TEA

